

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7,50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO



DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 29.

Sevilla.—Martes 5 de Febrero de 1901

AÑO XXV.

Lo decíamos ayer

Un periódico liberal tuvo el mal acuerdo de dar cabida en sus columnas á ciertas declaraciones del ministro de la Gobernación, encaminadas a desvirtuar el efecto causado en la opinión por el drama de Galdós, arrimando el ascua á la sardina del Gobierno, á quien presenta el jefe del departamento del interior como verdadero liberal.

La mentira no se ha hecho esperar, y la farsa se ha traducido en infame provocación, en que políticos y neos, luises y amigos de Ugarte, iban á una para producir una perturbación, para que se derramase sangre y tomar pretexto para suspender las representaciones de la obra que ha despertado el sentimiento liberal de España.

Los obreros, en representación de importante sociedad de trabajadores, fueron comisionados para felicitar á Galdós. Correctamente se presentaron en la contaduría del teatro. Se les negó la entrada. Esperaron pacientemente, y cuando, concluida la tercera representación del drama, se proponían saludar al maestro á la salida, un grito de—¡Vivan los jesuitas!—¡qué vergüenza! se oyó en el centro de la plaza, partiendo de sitio oculto por los árboles y por la estatua de Calderón, grito al que respondió toda la gente del teatro con un—¡Mueran los luises! ¡viva la libertad!—Pero como si obedeciera á una consigna, inmediatamente cargó la policía contra quienes creen ustedes?... pues, claro, contra los liberales. Sustos, carreras, una policía herido, pero afortunadamente nada más.

No sabemos lo que dirá hoy Ugarte, quien, para dar satisfacción á los círculos católicos, ha tenido que preparar la asonada nea y ofrecer, en desagravio de ciertos propósitos, la caza de liberales y el compromiso de poner la fuerza al servicio de los luises, para que la obra del insigne maestro no produzca los benéficos resultados en el campo liberal y entre los elementos patriotas y democratas de España que se aprestan á librar la batalla decisiva.

Los campos se han deslindado, pero es preciso que la divisoria tenga el verdadero relieve para que no se mixtifiquen este admirable movimiento de opinión, iniciado gracias al genio del dramaturgo insigne, que ha sabido recoger de modo admirable los latidos de la opinión de España y llevarlos al teatro con una valentía de que no hay ejemplo. Los enemigos de la libertad nos provocan esgrimiendo los sables policia-cos contra pacíficos obreros que van á felicitar al maestro.

La correría fué propia de ellos, de esos neos que atienden al disimulo cuando la fuerza no les da resultados, y que pulsan todos los resortes para seguir imperando y dominando.

Hoy es Ugarte y Azcárraga; mañana será Silvela ó Sagasta; y hoy, y mañana, y siempre, el régimen, quees el que da la pauta y el que marca los caminos. Para nosotros no hay diferencia ni puede haber transacción. Hemos llegado á un punto tal, que ya no caben distingos, ni expedientes, ni benevolencias, ni términos medios. O todo ó nada.

O España reconstituye definitivamente, ejerciendo íntegramente su soberanía y disponiendo como señora y dueña en la plenitud de su derecho, para levantarse á la altura de sus destinos, ó sigue siendo víctima de todas las depredaciones, ya con unos, ya con otros gobernantes, que nos han conducido al estado miserable en que nos encontramos. Por igual son responsables de la ingerencia fraíluna y de la invasión y dominación clerical liberales y conservadores.

Los unos la han provocado, los otros les han dejado ir preparando el nido y el albergue, y por una mal entendida benevolencia han tolerado llegar al estado actual. Para la libertad y para los liberales y democratas, tan culpables son los autores como los cómplices: los unos son los autores del delito, los otros han facilitado los medios y procurado los elementos indispensables para su realización y para que quede el crimen impune.

Todos son iguales y á todos hay que destruirles, si de veras y de un modo formal vamos tras de la regeneración de la patria y tras de la dignidad de España.

Resoluciones enérgicas, determinaciones extremas, medidas excepcionales y radicalísimas son las que hacen falta para purificar la sangre y destruir los bacilos que se han apoderado del organismo, y que concluirán por destruirle, si no se les destruye á ellos con los elementos necesarios para la vida, con la transfusión de la sangre.

Los neos no están sólo en los llamados círculos católicos, en los colegios de jesuitas, en los conventos de frailes y monjas, en los palacios episcopales, en la residencia de los aristócratas más ó menos vaticanistas. Los más ocupan regias moradas; los neos viven apoderados del Gobierno, dominan en el Estado, están en los partidos de turno, ocupan las más elevadas posiciones políticas de los partidos que alternan y constituyen una red tan grande y tan espesa, que comprende desde el ministro hasta el último monterilla, desde el diputado al cacique local, desde el vano magate, adornado con toda la indumentaria de las condecoraciones y los uniformes de armiño, hasta el mugriento sotana encargado de espavilar los cirios. Su tela dañina se apodera de todo y sujeta entre sus mallas toda aspiración honrada, toda idea liberal, todo propósito de regeneración, todo pensamiento de cultura y de progreso; por esto nada haríamos con destruir al Gobierno ni con gritar abajo esto ó lo otro; no, hay que ir más lejos, hay que elevar más la puntería, hay que dirigir la mirada á la causa primera y destruirla. Hay que quemar la casa, y la casa es el régimen, la casa es el sistema, la casa es lo que impera y domina y manda y determina; y proclamar la libertad en toda su integridad, con la forma adecuada á su consagración, sin mixtificaciones ni equívocos; hay que ir decididamente á la democracia pura, sin mixtificaciones.

A. A.

Murmuraciones

Cerca de una columna de letra pequeña trae hoy *El Noticiero*, en su sección de telegramas, haciendo relación de la canastilla de boda de la princesa de Asturias.

La ropa blanca—dice el colega—está valorada en más de treinta mil duros.

En esta cantidad algo respetable no entran las medias negras, sino únicamente lo blanco. Después...

«Hay muchos estuches con objetos de plata y oro cincelados, alfileres, objetos de escritorio, de tocador, petacas, forforeras y ánforas.

A la izquierda del salón están los trajes colocados en maniqués. El primero es de baile, de raso crema, bordado de oro. Detrás se ve un lindo cuerpo blanco.

Sigue un traje de sociedad de seda negra y una magnífica capa de terciopelo blanco, bordada en oro, forrada de armiño.

Continúa otro traje de seda floreado, y una lindísima capa de terciopelo brochado, de color rosa, forrada de piel de mongolia.»

Etcétera, etcétera.

Más de la mitad de la ropa ha sido elaborada en los conventos de Madrid, para que las pobrecitas monjas—que por cierto no pagan contribución—y las pobrecitas hermanas—que tampoco pagan contribución—puedan lucrarse en este grandioso festival que se prepara para alegría de la nación, y para que pronto—el matrimonio mediante—España tenga que pagar una buena dote al primer hijo que venga.

Tendrán que oír las hijas del pueblo, que no tienen más camisa que la puesta, ni otras enaguas que las que están en el lavadero, cuando se se enteren de lo bien que va nuestra princesita.

Por cierto que cobra de la nación su jornal.

Ya se sabe... El *Carlos Quinto* no ha llegado hasta Inglaterra por desgracias en la máquina, ni cosa que lo parezca, sino porque—según dicen—la mar estaba muy crespada y se asustó el comandante y puso proa hacia tierra. ¡No ha pasado nada, nada! Sólo la vajilla nueva se rompió por un descuido de la gente cocinera. Por eso dice el ministro: —¡Nuestra vajilla nos cuesta!

El Círculo de la Unión Industrial de Madrid

no se anda por las ramas, y en su última junta se ha presentado una proposición pidiendo al Gobierno que prohíba á las comunidades religiosas ejercer industrias sin pagar contribución.

Oigamos cómo describen lo sucedido:

«Varios asistentes al acto piden la palabra en contra de la proposición para pedir que se dé á ésta un carácter más radical.

El Sr. Niembro se opone á la proposición en el sentido de que, si se pide esto y el Gobierno lo concede, se sancionará el derecho de las comunidades para ejercer industrias.

El exdiputado D. Constantino Rodríguez, comerciante de Madrid, pronuncia un elocuente discurso en apoyo de que la proposición sea hecha en tonos mesurados en su forma, aunque en el fondo sea radicalísima.

Nuestra desgracia—dice—ha llegado al extremo de que, después de perdidos los territorios, cuando creíamos poder respirar, nos afligen las vergüenzas como el caso ridículo del *Carlos V. (Ovación)*.

¡Triste suerte la de España, que ahora se ve convertida en colector general donde vienen á parar todos los detritus de las sociedades cultas! (*Aplausos estrepitosos*).

El rey Humberto se lamentaba de la invasión de las comunidades que amenaza á Italia, y esta invasión tendrá lugar en España, la nación que ejecutó la famosa expulsión de los jesuitas.

Debemos impedir que la nación vuelva á los tristes tiempos de la *sopa de los conventos*. No olviden los gobiernos que las principales plazas de Madrid, Valencia y Sevilla, son solares de antiguos conventos. El pueblo se hallará obligado á recordarlo, y en vez de pedir que se concedan nuevos terrenos para la edificación de conventos, tome por la fuerza los actuales. (*Ovación*).

Eso mismo vengo yo diciendo hace mucho tiempo, sin llamarme Constantino Rodríguez y sin recibir ninguna ovación.

Antes al contrario: procesos y más procesos, y cuando más descuidado estaba... ¡á la cárcel!

Y allí estuve sin saber por qué.

Y me pusieron el libertad sin saber por qué.

Y sin saber por qué me sobreyeron la causa.

Y aquí me tienen ustedes lo mismo que antes, y dispuesto á lo mismo.

Mientras no me quemem en las parrillas de la Santa Inquisición que nos traiga el Caserta padre, el Caserta hijo ó el Caserta Espíritu Santo, no me enmiendo.

Los brutos, digo, los neos de la península llaman á la última obra de Galdós MAMARRACHO y ESPERPENTO.

Debe, pues, nuestro gran novelista hacerles caso, y creer que, efectivamente, su obra *Electra* está mal escrita.

¡Hay que hacer otra, D. Benito, mejor hecha! Afine la puntería.

Con la primera el edificio ha temblado. Con la segunda se viene al suelo.

El Sr. D. Víctor Concas, marino de verdad, ha dicho hablando de lo ocurrido al *Carlos Quinto*:

«Que la dotación del *Carlos Quinto* se hallaba repartida por toda la Península, por lo que fué necesario embarcar en el crucero á la primera marinería que se encontró á mano.

Añadió que nadie se imaginará lo que pudo pasar á bordo, de no poder ser recogida la gente de máquina.»

Pero, oiga, D. Víctor: ¿Es que los barcos de guerra españoles no obedecen más que á su gente?

¿Tan bien enseñados están?

De manera que, si no se encuentra el maquinista del *Carlos Quinto*, y se le ordena al maquinista del *Carlos Cuarto* que eche á andar la máquina, ésta, llena de coraje, exclama:

—¡Yo no ando! ¡Tú no eres mi maquinista!

¡Cuántas tonterías se dicen para encubrir lo que está á la vista de todo!

La inutilidad de nuestra marina de guerra.

En Valencia ha habido palos, y estacazos en Gandía, y entusiasmos en Barcelona, y muera los jesuitas...

La gradación está en regla: Sevilla, ¿qué hace Sevilla? Siempre vamos á la cola en todas las cosas dignas.

Los sucesos ocurridos en Valencia son de esta magnitud.

Los relata *El Pueblo*, y de ellos entresaco esto, porque es lo que más me ha gustado:

«A las cuatro y media de la tarde numerosísimo grupo invadió la calle de Alboraya, situándose frente al Convento de Vocaciones

Eclesiásticas de San José, cuyas ventanas estaban adornadas con colgaduras y banderitas carlistas, de las mismas que debían haber pasado por Valencia los niños.

Al ver los manifestantes tan irritante provocación, llamaron á la puerta del convento y salió un fámulo que increpó duramente á los del grupo y les dijo «que en el interior del convento había trescientos hombres de muchas agallas.»

Decir esto el fámulo y recibir sobre la calabaza un garrotazo soberbio, fué cosa de un instante.

Ante argumento de tanta fuerza retrocedió el oficioso recadero y atrancó la puerta.

Una vez dado el garrotazo y atrancada la puerta, sucedió que...

«Ya excitados los ánimos, y en vista de que las banderitas carlistas continuaban ondeando en las ventanas, procedieron los manifestantes á apedrear el edificio y á recoger las insignias carlo-jesuitas, que fueron quemadas inmediatamente.

De los cristales del edificio no quedó uno solo.»

Pero ellos quedaron dentro.

Ellos... que son los promovedores, los culpables, los instigadores de estas revueltas, con el santo fin de que las autoridades echen la fuerza pública á la calle y corra la sangre.

Los cristales no tienen la culpa.

Esos... ¡que los rompan los cristaleros!

—¡Hay que quemar estos edificios—dice Galdós.

¿A que todavía no lo han entendido?

A *El Liberal* de Sevilla le ha caído que hacer.

Se está entreteniendo en recabar opiniones acerca del sitio en que se ha de colocar en la Catedral de Sevilla el monumento á las cenizas que dicen son de Colón.

Uno dice que dentro, otro que fuera, éste que ni fuera ni dentro, y el de más allá que dentro y fuera.

El Sr. Gestoso dice hoy:

«Precisamente por tratarse de una reliquia, cual son los restos del almirante, creía que se les daba mayor prestigio, más grande interés, reservándolos un poco y quitándolos, precisamente, del tránsito del vulgo por las naves de la Basílica.»

Este es el que tiene razón.

Los monumentos deben hacerse para que nadie los vea.

Si colocaran el de Colón en las naves de la Basílica, el vulgo se subiría encima de él y se pondría allí á comer la merienda.

Debe de colocarse allí donde el vulgo no lo vea.

Aunque el vulgo sea quien lo pague.

¡El arte! ¡El arte! ¡El arte!

¡Eso debe de estar oculto!

Porque así tiene más mérito.

Pero, en fin; confío en que *El Liberal* vendrá también á consultar mi opinión, y entonces yo le diré la verdad, lo que se debe de hacer con el monumento.

Sr. Nogales, ¿cuándo me toca á mí? Estoy rabioso por decir lo que siento.

Leed:

«En Valladolid falleció el año de 1886 una distinguidísima señora. Deseosa de contribuir al progreso agrícola de Castilla, legaba en su testamento 750,000 pesetas al objeto de fundar y sostener una escuela de agricultura.

Por desgracia, la buena señora tuvo el mal acuerdo de encomendar á los hermanos de la Doctrina Cristiana los cuidados que la escuela requiera.

Hasta estas horas, Febrero de 1901, no se sabe ni palabra en Valladolid de la tal escuela de agricultura.

Ni de las 750,000 pesetas, por supuesto.»

No hay que preguntar dónde están.

Vaya ahora esto que cuenta Roberto Castroviedo, citando nombres y personas, y que ocurrió, ó ha ocurrido, en Santander:

«El jesuita padre Mendia, que es en la capital montañesa lo que el padre Lac en París y el padre Sanz en Madrid, y lo que fué el padre Vicent en Valencia, ha sido arrojado del hogar del más opulento capitalista santanderino. ¿Por qué? Según malas lenguas, PORQUE EL PADRE QUISO PROCURAR SERLO DE VERAS CON UNA JOVEN MUY HERMOSA, HIJA DEL CAPITALISTA. Y según más enterados comentaristas, porque el buen Mendia timó (esta es la palabra) 10,000 duros á la joven, para emplearlos en el Círculo Católico Obrero.

Lo cierto es que Mendia ha perdido prestigio, los jesuitas dinero, y es muy posible que sea trasladado aquel padre, señor de Santander hasta que cometió su calaverada.»

Padres que tenéis hijos, ¡a los jesuitas con ellos!
Esposos que tenéis esposas, ¡a los jesuitas con ellas!
Madres que tenéis hijas, ¡abrid de par en par las puertas de la casa al jesuita, ó al fraile, ó al cural...
¡En vuestra necedad lleváis la penitencial

CARRASQUILLA.

¡Esos libros!

La sabiduría trae molestia porque quien gana ciencia, gana dolor. *Escrituras 1-18.*

I
Llévate esos libros, que me causan miedo. Planteles de dudas, de penes engendros, que en mi tierna infancia, edad de mis sueños, fueron mi martirio, mis torturas fueron.
¡Ay! ¡Qué triste agonía sufriera el alma con ellos!
¡Qué pena me daba si decía enfadado el abuelo: —Deja á los muchachos, abandona el juego y coge tus libros, los mejores amigos son ellos, que encierran sus hojas verdades divinas y sanos consejos, y se aprende á vivir en sus páginas, á admirar las grandezas del cielo, á saber lo que saben los hombres de ciencia y de mérito.—
¡Gloria de mi vida!
¡De qué me sirvieron!
Me da, madre, dolor el pensarlo, hoy, que ya no tengo ni fuerzas bastantes, ni firmes alientos, para transportarlos desde aquí á la hoguera y echarlos al fuego.

II
Ya hombre de juicio, he pasado las horas con ellos, recordando las cosas aquellas que decía enfadado el abuelo. ¡Y qué triste agonía ha sufrido el alma con ellos!
Unos me decían: «La gloria es un sueño.»
Mientras otro llamaba á la gloria la dicha del cielo.
«La fé que idolatras es vano deseo.»
«Esa fé que reprochas, al alma salva del infierno.»
«El amor es un triste delirio.»
«El amor es un dulce consuelo.»
«La ciencia es mentira.»
«La ciencia es venero de verdades que al hombre ennoblecen», me fueron diciendo, engendrando en mi alma esa duda que me tiene enfermo.
Llévate esos libros, que me causan miedo. Ya sabes, mi vida, de qué me sirvieron.
Me da, madre, dolor el pensarlo, hoy, que ya no tengo, ni fuerzas bastantes, ni firmes alientos, para transportarlos desde aquí á la hoguera y echarlos al fuego.

III
Madre de mi vida, cuando ya esté bueno, yo te juro que no he de mirarlos, que les tengo miedo.
Aviva la lumbre, que me estoy sintiendo con fuerzas bastantes, con firmes alientos, para transportarlos desde aquí á la hoguera, y yo mismo arrojarlos al fuego.
Madre de mi alma, no voy, me arrepiento. Que estoy recordando que en alguno de ellos, de tu amor he leído lo santo, el dulzor singular de tus besos...
¡Ay! ¡Que me perdonen, porque ya, gloria mía, los quiero!
JOSE MUÑOZ SAN ROMAN.

De mis libros

Hasta los mismos que combaten la libertad se sirven de ella para atacarla.

Federico B.

El sistema constitucional, con sus formas legales, su espíritu jurídico, su carácter poco expansivo, sus solemnidades parlamentarias, se presenta claramente, al fin y al cabo, como un vasto sistema de explotación y de intriga, donde la política corre pareja con el agiotaje, donde la contribución no es más que la lista civil de una casta, y el poder monopolizado, el auxiliar del monopolio. El pueblo tiene el sentimiento

vago de ese inmenso despojo: las garantías constitucionales le interesan poco.

Proudhon.

¿Qué es la guerra? Un oficio de bárbaros en que todo el arte consista en ser más fuerte en un punto dado.

Napoleón I.

Descifradores de geroglíficos, bajad á la mina. Traducid y veréis cómo desde hace setecientos años están bajando al fondo asesino de la cantera negra los descendientes de Hullez, los obreros, los que extraen la hulla sin descanso, mientras el amor los contempla sin lástima. Hojead ese libro, y encontraréis en él un árbol genealógico más curioso que el de los príncipes y reyes, genealogía de esclavos arrojados de padres á hijos por la boca tragona de la mina, para dejar en ella sus energías de hombre, sus virilidades de macho, su jugo de trabajador.

Joaquin Dicenta.

Hay naciones moribundas y decadentes que cada vez se van acercando más al término fatal de sus tristes destinos, aunque se agarren con violenta tenacidad á la vida.

Lord Salisbury.

La revolución que se verifica por medio de la palabra de la mujer, y la que con preferencia admitimos es la que se hace por sí sola, porque es la estable, la indestructible. Por eso, á nuestros ojos, el mayor crimen de los tiranos es el de obligar frecuentemente á los pueblos á recurrir á la violencia contra ellos, y en tales casos sólo sobre su cabeza recae la sangre derramada; ellos solos son los responsables del trastorno y de las reacciones que siguen á los pronunciamientos prematuros. Sin ellos, la opinión sólo derribaría; y cuando la opinión es la que derriba, derriba para siempre; la violencia deja tras sí, al derribar, la probabilidad de la reacción á la fuerza hoy vencida, y que puede ser vencedora mañana.

Mariano José de Larra (Figaro.)

UN LECTOR.

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

En Langreo hay huelga de mineros que hacen causa común con sus compañeros de Gijón.

Redóblanse las precauciones. Están cerradas las sociedades obreras. Se ha publicado la ley marcial.

El gobierno nada sabe de la declaración de estado de guerra en Gijón.

Dice que reina tranquilidad, pero que la situación es inquietante por la actitud de resistencia de los huelguistas.

Estos rechazaron el arbitraje del gobernador sobre la jornada de nueve horas.

Ugarte reconoce que el origen del conflicto ha sido la concesión de la jornada de ocho horas dada á los obreros municipales á raíz del viaje regio.

Ugarte conferenció con los diputados y senadores asturianos, que le pintaron la situación. El total de los huelguistas es de 15,500.

En Granollers han sido descubiertos cierto número de fusiles inútiles con cartucheras y municiones.

Continúa la huelga de obreros y empleados del ferrocarril de Cáceres á Portugal.

Una comisión de huelguistas del ferrocarril de Cáceres visitó á Toca y expúsole sus pretensiones.

Iniciáronse corrientes de avenencia. Toca citará mañana al Consejo del ferrocarril.

En Barcelona ha sido puesto en libertad el Padre Bocos.

Es probable que pasada la boda cese en Cataluña el estado de guerra.

La Gaceta de mañana publicará decretos sobre repoblación de montes.

Es inexacto que comieran anoche juntos Silvela y Romero.

Dícese que el miércoles de Ceniza se planteará la crisis.

D. Carlos Caserta jurará fidelidad á la Constitución ante Vadillo, notario mayor del Reino, y siendo testigos los subsecretarios de Justicia y Estado.

En el Círculo Mercantil de Madrid verificóse reunión para posesionar á la Junta Directiva. Aprobáronse las proposiciones aprobando la política de la Unión Nacional.

Que las órdenes religiosas se ajusten á la ley de asociaciones y se les prohíba intervención en asuntos industriales y mercantiles.

Que se pida al Banco aumento de las reservas y se establezca en España la ley Meline, relativa á intervenir el Estado en los beneficios

del Banco, con objeto de contribuir á que disminuya la circulación fiduciaria.

DEL EXTRANJERO

Según datos de la policía de Londres, resultaron 1,305 entre heridos, contusos y enfermos en el entierro de la reina Victoria.

Confirmado que los boers coparon un destacamento inglés al sudoeste de Kruggerdorp. Los auxilios llegaron tarde. Los boers llevaron del Cabo 2,000 mulos y caballos.

En las Cámaras de los Estados Unidos se discute acaloradamente la cuestión de canales interoceánicos.

La prensa europea reconoce la situación difícilísima de los ingleses en el Transvaal y la imposibilidad de defender las minas de oro, principal origen de la campaña.

Kitchener telegrafía confirmando que Dewet ha aparecido al Sur de Dewetdorp.

Dicen de Londres que es inminente la declaración del estado de sitio en la ciudad del Cabo.

French ha tomado el mando de las tropas inglesas que operan al Norte.

Litelton, el mando de las tropas del Sur.

El crimen de hoy

Tragedia rápida. Su desenlace se verificó en menos tiempo del que tardó en contarlo.

Antonio X, veintitres años. Natalia Z, diez y nueve. Se amaron mucho. Vivieron unidos. Se separaron porque á ella la sedujo un rico. Le dió brillantes, y se la llevó.... Antonio no le daba más que besos....

Antonio no podía vivir sin su Natalia, y un día fué á decirselo. Natalia lo tomó á broma. La maga roja pasó por delante, y Antonio lo vió todo rojo. Hundió el cuchillo hasta el mango, y el cuchillo se tiñó de grana. Corrió, corrió... ¿A dónde? ¡Infeliz! Antonio X se mató.

Fuá verlos al Depósito. Dormían otra vez juntos como cuando vivían. El, con la cabeza cerca de la de ella, soñaba, como si le dijera á la muerte que los unía tranquilamente: —¡Madre, es mál!

Natalia, pálida, muy pálida, descansaba en el mármol duro, sin cuidarse de ocultar sus formas redondas.

Pedí comunicación, y tardaron largo rato en dármela. Por fin contestaron.

—¿Con quién hablo? —dije.

—Hablas con Pedro.

—Señor, decidme: ¿Habéis registrado la entrada en ese santo lugar de dos amantes que salieron esta mañana de Madrid?

—Espera. Lo veré. No, no han venido. ¿Eran buenos?...

—No sé, señor.... Sólo sé que él, en un arrebato de amor, la mató á ella, y luego se mató él....

—No, pues aquí no han venido.

—¿Estarán en el purgatorio?

—No sé.... Puede que sí, que ella esté.... Él, si ha tenido tiempo de arrepentirse, ha debido venir aquí directamente.... Vuelve á llamar luego. Voy á mandar un angel para que se entere....

—¿...?

—Aquí no han venido ni uno ni otro.

—Míralo bien, alma bendita; indudablemente están ahí....

—No sé por qué supones eso.... Estarán en el cielo. Pregunta allí.

—Allí no están.

—Tía.... tía.... tintía....

—¿Quién?

—Yo.

—¿Qué queréis?

—Saber si están ahí Antonio X y Natalia Z.... que han muerto hoy con media hora de diferencia.

—¿En dónde murieron?

—En Madrid.

—....De Madrid han entrado hoy doce mujeres y siete hombres, y no están entre ellos.... En el infierno entran pocos enamorados.

—¿Llegaron acaso, señor?

—No, todavía no; pero sé de ellos. El angel los ha encontrado.... Calla, hombre, si te digo que la cosa es graciosísima.

Antonio salió del mundo con destino al cielo; pero aquí viene lo bueno.... se encontró á Natalia en el camino, y jadeante le preguntó que á dónde iba.... La chica le dijo que á su destino, al purgatorio; y el bueno del hombre no ha

querido, ni á tres tirones, separarse de ella.... Al angel le ha contestado el mocete que él se ha matado por no separarse de ella y que el cielo no lo concibe sin Natalia, que los dejara en paz.

—¿...?

—Pues lo de siempre; Dios ha dispuesto que se le deje en el limbo hasta nueva orden.

—¿Y ellos?

—Figúratelo.... ¡Ni en el cielo!

LUSIÁN DE MARI.

Crónica

¡Don Tancredo se muere! El histrionesco personaje popularizado por la prensa madrileña como el único y auténtico héroe de nuestra fiesta de toros, sufre ataques de colapsos. Los síntomas del mal no pueden ser más graves. Delatan los progresos de una enfermedad que indudablemente adquirió el desgraciado suicida de todos los domingos y fiestas de guardar sobre el pintado pedestal, en el que tantas veces percibió el vaho del astado bruto.

No sabemos si declararán de luto nacional el día que muera el hombre estatua; pero tal y como están las cosas, nada de particular tendría.

Afortunadamente la prensa de la rotativa ha tenido en estos días asuntos de alta trascendencia é interés, y olvidó ingrata! al héroe de guardarrópia, del que nos cuenta un telegrama su grave estado.

¡D. Tancredo se muere!... ¿Qué haremos sin D. Tancredo? ¿Quién nos llevará en la próxima temporada á las plazas de toros?

La desgracia se nos muestra compañera inseparable; perdimos las colonias, las escuadras, á Martínez Campos, á Morgades, y ahora estamos amenazados de perder á Tancredo López. ¿Caben mayores infortunios?

No sabemos si, por no dar *El Liberal* de Sevilla noticias telegráficas acerca del curso de la enfermedad de D. Tancredo, hubo anoche en plena calle Sierpes un motín de vendedores de periódicos. Las tras de aquéllos iban contra el diario de la rotativa, según pudo verse claramente. En pocos minutos quedó la céntrica vía alfombrada con trozos de papel impreso. Afortunadamente *la cosa no pasó á mayores*. La venganza se consumió rompiendo unos cuantos *Liberales* y quemando otros. (Entiéndase periódicos, no personas, como descartan no pocos neos.) Porque aunque éstos protesten de la frase de Galdós en *Electra*, «hay que quemarla», nadie duda que ellos harían lo propio con entera satisfacción con la casa liberal. ¡Ya lo creo que lo harían!

Pero volvamos al motín periodístico de calle Sierpes. Al presenciar el *auto de fe* que realizaban los voceadores de prensa periódica con el flamante *Liberal*, supusimos que aquella iracundia la provocaría el no traer información telegráfica sobre el estado de D. Tancredo. Tratamos de inquirir las causas que motivaban el pequeño alboroto, y alguien nos habló de una *mano oculta* que movía las voluntades de los que destruían papeles.

—¡Una mano oculta! —nos digimos — ¡Ah, pues entonces no cabe duda, esa mano debe estar en el Ayuntamiento! Porque desde hace algún tiempo sabemos que existen allí algunas que no salen de su ocultamiento para que no se vea que están asáz sucias.

Estas novedades, con la de que la policía sigue sin parecer por los lugares en que es necesaria su presencia, lo mismo, absolutamente lo mismo que cuando no era gobernador de Sevilla D. Lorenzo Muñiz, es lo que da de sí la crónica.

Y por si los lectores *no se han enterado*, les diremos que hoy ha hecho un sol hermosísimo, lo cual no quita para que al frío se le haya podido aplicar el mismo adjetivo.

Pintores célebres

DAVID TENIERS



Una fiesta de aldea.

El asunto de este cuadro es una fiesta de aldea en Flandes. Pasa la acción ante el patio de una posada, en cuyo frontis ondea una bandera con la imagen del archiduque Leopoldo, gobernador de los Países Bajos. Grupos de aldeanos esparcidos por la plaza del pueblo, bailando unos y bebiendo otros, animan el conjunto. En uno